

Dostoyevsky había sido condenado, junto con otros compañeros, á la pena de muerte por un delito político. Al ir á fusilarles, un oficial trajo la conmutación de la pena capital por la de presidio.

He aquí por qué el autor de *La casa de los muertos* hizo del presidio una pintura tan admirable y tan hondamente psicológica.

Como muestra del talento del brillante compañero de Gogol, Tourgenieff y Tolstoy, ofrezcamos á nuestros lectores una de sus bellísimas y sentidas páginas.

* * *

— ¿Estás bien aquí? Nada de común existe entre nosotros dos... Acaso yo... un señorito, sea mejor que tú... una mujer perdida.

Al entrar en este burdel estaba trastornado... Además, un hombre y una mujer no pueden ser juzgados del mismo modo. Aunque yo me envilezca y rebaje, no soy esclavo de nadie. Voy, vengo, sacudo la capa... y como si tal cosa... Tú, tú eres una esclava. Sí, todo lo das ó lo vendes... todo, hasta la libertad. En vano tratas de romper tus cadenas, cada día han de ser más duras, más pesadas, más inquebrantables. ¡Cadenas malditas!... ¡De seguro que debes á tu ama alguna cantidad!... ¡Lo estás viendo! Esa deuda es tu cadena. Hazte cuenta de que has vendido tu alma al diablo.

¡Ay! Yo también soy desgraciado... ¿Podrías comprenderme? Quizá por disgusto me revuelvo en el lodo. Personas hay que se emborrachan por disgusto... Por la misma causa estoy aquí. Hémos á los dos juntos: acabamos de encontrarnos... por azar... ¿Es así cómo se ama? ¿Es de este modo como deben unirse dos seres humanos? Esto es sencillamente innoble.

— ¡Sí!

Y la joven me escuchaba con asombro; la pregunto:

— ¿Por qué has venido á este lupanar?

— ¿Por qué?

— Cuánto mejor estarías en tu casa, en la casa de tus padres... allí serías libre.

— Quizá estaría peor.

— Acaso sea eso posible... Escúchame: voy á hablarte de mí. Si yo hubiese tenido una familia, de seguro no sería lo que soy... Por mal que esté uno entre los suyos, está menos mal que alejado de ellos. Los padres manifiestan su amor, por lo menos, una vez al año. Después de todo se tiene la concien-

cia de que está uno en su casa. Yo me he criado sin familia; quizá por esto... he llegado á ser... un miserable. Si llego á ser padre y tengo una hija, la querré más que á un hijo. Te lo juro.

— ¿Por qué?

— Porque... yo no sé... En cierta ocasión conocí á un padre, un hombre severo y grave; se arrodillaba delante de su hija, le besaba las manos y los pies, y no cesaba de contemplarla. Por la noche, cuando ella dormía, el padre se levantaba, se acercaba á su cama; la besaba y hacía en su frente el signo de la cruz. Era un avañero; vestía como un pordiosero; mas cuando se trataba de su hija se consideraba feliz si obtenía de ella una sonrisa á cambio de un costoso obsequio. Un padre ama siempre más que una madre á su hija... Si yo hubiera tenido una hija jamás la hubiera casado.

— ¿Por qué? — preguntó de nuevo la muchacha.

— Tendría celos. ¡Besar ella á otro hombre! ¡Amar á un extraño más que á su padre! Sólo el imaginarlo causa dolor... Bien comprendo que este modo de pensar es una tontería. Todos los padres acaban por transigir; pero, ¿qué quieres? generalmente el hombre á quien las hijas aman es el peor para el padre.

— Existen padres que se dan por muy contentos con vender su hija en vez de casarla honradamente.

— Eso no sucede más que en las familias malditas... ¿Es de esas la tuya?... Muchas veces la miseria...

— ¿Acaso no acontece lo mismo entre las personas acomodadas?

— Es verdad: de todo hay en unas y otras clases. Pero en donde existe el amor, existe también la felicidad, aun en medio de la desgracia... Quizá hay también disgusto entre los esposos enamorados. Las primeras semanas de matrimonio ¡qué de venturas! ¡Qué hermosamente acaban las reyertas en estas semanas benditas! Existen mujeres que cuanto más aman más riñen con sus maridos. «Te amo y porque te amo te atormento.» ¿Crees tú que se puede atormentar á un hombre por amor?... Pues hay muchas mujeres que son así. «A pesar de todo, ¡cuánto te quiero! ¡Tanto te acariciaré que bien puedo ahora disgustarte!» Y toda la casa parece repetir el eco de aquella felicidad: todo es bueno, alegre, apacible, honrado. Otras mujeres son celosas. ¿Sale su marido? ¡Qué intranquilidad! ¿Al lado de quien estará? ¿qué mujer le apartará de mí? Y le persigue, le ceba, le espía. Ella sabe mejor que nadie que este espionaje es nulo, pero ama. ¡Siempre el amor!... ¡Y qué dulce es reconciliarse después!... Ante su esposo ella misma reconoce sus equivocaciones, y uno y